
CAPITULO VI

Quién era Comonfort.—El golpe de Estado.—El Plan de Tacubaya.

Don Ignacio Comonfort era hijo legítimo de irlandés y nació en el pueblo de Amozoc (Estado de Puebla) el 12 de Marzo de 1812, según asegura el Doctor Rivera. Pero el erudito Don Francisco Sosa, en su obra intitulada « Mexicanos distinguidos, » dice que nació en Puebla, en la fecha citada, y que fué hijo del teniente coronel Don Mariano Comonfort y de la Señora Doña María Guadalupe de los Ríos.

En 1826 comenzó sus estudios en el Colegio Carolino de Puebla; mas no pudo seguir ninguna carrera literaria por contrariedades de fortuna, y en 1832 comenzó su carrera pública tomando parte en la revolución acaudillada por Santa-Anna contra Bustamante, alcanzando el grado de capitán de caballería. Terminada la guerra fué nombrado comandante militar del Distrito de Izúcar de Matamoros; después fué prefecto y comandante militar de Tlapa.

Figuró como diputado al Congreso de la Unión en 1842; en 1843 volvió á ser electo diputado. Tomó parte activa en la guerra contra los Estados Unidos; fué miembro del Congreso que se reunió en Querétaro, hasta que los americanos evacuaron el territorio nacional, y en seguida fué electo senador, cuyo cargo desempeñó hasta 1851. En 1852 fué electo diputado por tercera vez. En 1853 fué nombrado administrador de la Aduana de Acapulco, y poco después fué destituí-

do arbitrariamente por el Gabinete conservador del Presidente Santa-Anna.

De esto se colige que el despecho, más que el odio á la dictadura ominosa que pesaba sobre el país, influyó en el ánimo de Comonfort para preparar y llevar al cabo el famoso Plan de Ayutla, del que le corresponde quizás toda la gloria.

Uno de sus biógrafos dice: «Comonfort jamás opinó contra ningún indulto. Su físico revelaba al hombre observador, tenía la frente ancha y despejada, y su cara, picada de viruelas, era generalmente seria; usaba barba poblada, su cuerpo era alto y grueso, tenía el don de mando, valor y serenidad, y sus disposiciones fueron tan acertadas, hasta que dió el paso en falso, que sus tropas jamás sufrieron derrota alguna; le gustaba andar solo, y era tan laborioso, que en el tiempo en que el Sr. Lerdo dejó el Ministerio de Hacienda, Comonfort lo despachó. Estaba dotado de gran benevolencia, nunca agotada por los desengaños más crueles, y en su bello corazón vibraba muy alto la fibra de la humanidad; siempre estaba dispuesto á la reconciliación, y cifraba su mayor ventura en perdonar y dar un abrazo fraternal á los que habían sido sus enemigos.»

Todo esto es exacto; pero en ese retrato faltan las sombras. Comonfort, por el exceso de la benevolencia quizás, era un hombre débil. Estuvo muy lejos de ser un carácter. No fué liberal verdadero, sino moderado, siempre vacilante y siempre con tendencias á caer en el retroceso. Le faltó valor civil, le faltó habilidad política, le faltó consecuencia.

Cierto es que cuando ocupó interinamente la Presidencia, en virtud de un acto de patriotismo del general Alvarez, «no eran ya las insurrecciones parciales, los motines militares, los esfuerzos de generales ambiciosos por asaltar el poder, los que había que combatir. Era la desesperada lucha entre las ideas antiguas y las modernas; era el espíritu religioso convertido en arma poderosa; era el clero empleando todos sus tesoros en la lucha y la intriga; era el general trastorno que precede siempre á las grandes evoluciones sociales! Cuánta firmeza, cuán profunda convicción, qué constancia y qué valor eran indispensables para afrontar una situación como aquella, no sólo difícilísima, sino también nueva, sin precedente en la his-

toria de nuestras civiles discordias, de nuestra agitada vida independiente!»

Así dice el Sr. Sosa; pero se olvidó de agregar que ninguna de esas facultades, que con razón juzga indispensables, concurría en el Sr. Comonfort, quien, á pesar de todos los elogios que se le hacen, fué un hombre verdaderamente funesto para nuestra patria. No dudo de que fuese un buen cristiano, un individuo honrado, un excelente hijo y un enemigo generoso. Pero fué un partidario tráfuga, un gobernante traidor. Tuvo la maña suficiente para llegar al poder; pero careció del talento necesario para conservarlo.

El historiador Don José María Vigil, que tiene la rara cualidad de refrenar su liberalismo cuando trata de asuntos de historia, para mostrarse con una serenidad y un desapasionamiento que admiro, al pintar la situación del país en los momentos que triunfaba el Plan de Ayutla, dice: «La pasión inspiraba á todos; el odio había echado entre ellos abismos profundísimos, pareciendo imposible llegar á una solución que, equilibrando los intereses, neutralizara las tendencias exclusivas de banderías que se disputaban el predominio social y político. Hubo, sin embargo, un hombre *que abrigara esa esperanza quimérica*, que colocándose encima de los acontecimientos, creyese de buena fe poseer suficiente prestigio personal para ir planteando con prudente parsimonia el pensamiento que entrañaba la revolución de Ayutla, atrayendo los elementos sanos de todos los partidos para construir con ellos un gran partido nacional, en que dominaran á la vez el orden y el progreso, la reforma y la conservación de legítimos intereses. Este hombre fué Comonfort. Pero veremos el resultado de esa política que tanto influyó en los sucesos posteriores que forman una de las épocas más borrascosas de la historia de México. (México á través de los Siglos, tomo V, pág. 75.)

Sí; la esperanza era quimérica y, además, demostraba una ignorancia crasa. ¿Cómo poder conciliar en política dos principios diametralmente opuestos, é intereses excluyentes? Sólo creando un tercer principio, algo híbrido, que participando de los dos elementos contrarios, no sea ninguno de ellos. Este ha sido siempre el ideal de los moderados.

El partido radical decía: *blanco*; el partido retrógrado decía: *negro*; y Comonfort, para conciliarlos, dijo: *gris*. Eso no es una conciliación, sino una confusión.

El íntegro y perspicaz Don Melchor Ocampo fué en este caso, como en muchos otros, un clarividente. Al renunciar la cartera que le confió Don Juan Alvarez, dijo:

«Ahora comienzo ya á comprender la situación; y por las últimas y muy dilatadas conferencias que he tenido con el señor Ministro de la Guerra (Comonfort) he sabido, entre otras cosas, el verdadero camino que sigue la presente revolución. Yo lo suponía ya; pero no puedo dudarle cuando el mismo señor Ministro me lo ha explicado. Entonces, y muy detenida y fríamente, hemos discutido nuestros medios de acción y yo he reconocido que son *inconciliables*, aunque el fin que nos proponemos sea el mismo.

«Como en la administración *los medios son el todo* una vez que se ha conocido y fijado el fin; he creído de mí deber, llegando como he llegado al terreno de las imposibilidades, separarme del Ministerio de Relaciones, *reconociendo que no es esta mi ocasión de obrar*, PORQUE YO NO ENTRARÉ EN ESTE CAMINO, y porque la naturaleza misma de lo adelantado que se está pide ya separarse de él.»

El ilustrado Sr. Vigil no cree que Comonfort mereciese el epíteto de moderado. Cree que en su pensamiento hubo mucho de ilusorio y paradójico; «mas no puede desconocerse que allí se abrigaba una intención recta y patriótica, en cuanto que tendía á economizar las medidas violentas, atrayendo á un centro común las aspiraciones de los partidos extremos.»

Quiero admitir la rectitud de las intenciones; pero no se me negará que los medios de que se valió Comonfort no tuvieron nada de recto, y que demostró ser un ignorante sin igual. El mismo Sr. Vigil me va á ministrar los argumentos para probarlo, pues con su imparcialidad de juicio, que tanto le aplaudo, dice á páginas 272 de su citada obra:

«El gran error de Comonfort estribó en no penetrar al fondo de la situación en cuyo centro se hallaba colocado. Él vió un lado de la cuestión, pero no la abarcó en su conjunto. . . . Para él poco significaban los gobernadores, los congresos, la guardia nacional, el elemento civil del partido; ningún paso

se dió para conquistarse aquellas fuerzas y sondear su opinión; creyó que el ejército le bastaría para reducir á la impotencia á lo que llamaba con desprecio el partido puro (el liberal), y que ese ejército le seguiría ciegamente en las regiones incoloras de una política aventurera.»

Cuando dijo Comonfort, al jurar la Constitución de 1857, que tomaba posesión de la primera magistratura, aceptando el sacrificio que la cosa pública exigía, mintió á la faz de la Nación, como lo demostraron en breve plazo los hechos.

Más en lo justo está el Sr. Sosa, cuando dice, á poco andar: «Pero estaba escrito que el hombre en quien el pueblo mexicano había depositado su confianza, cuyos antecedentes lo ponían á cubierto de cualquiera sospecha; que tantos sacrificios había hecho en favor de la libertad y de la ley; que con tanta energía había sabido llevar adelante la reforma, refrenando á los enemigos de ésta; que tanta perspicacia y tan claro talento había demostrado en la elección de consejeros, había de ser el mismo que, incurriendo en el más grave y trascendental de los errores, hundiese á la patria en nuevos trastornos, provocando el enojo del partido al que todo lo debía, siguiendo las siniestras inspiraciones de los que buscaban su desprestigio y su ruina.»

Los errores en política son verdaderas faltas; pero lo de Comonfort no fué un error, sino una traición, y la traición en política es un crimen proditorio. Es preciso llamar las cosas por su nombre.

Comonfort imitó á Saturno, devoró á su propio hijo. Antes de que muriese en el espacio el eco del juramento que prestó á la Constitución, se asustó de su obra, renegó de ella, y dió el golpe de Estado. Quiso luego volver sobre sus pasos, pero ya era tarde; el partido reaccionario había estado en acecho y se aprovechó de aquel instante de vacilación; el partido liberal se negó á acogerlo de nuevo en su seno.

Juárez creía en el derecho, y por eso odiaba la fuerza; Comonfort creía en la fuerza, y por eso no tuvo nunca fe en los principios.

Dicen que el amor filial influyó poderosamente en su ánimo, que cedió, como Coriolano, ante los ruegos de su madre. El paralelo es falso. Comonfort obedeció á su madre, traicio-

nando á otra madre más grande, más noble y más santa: ¡la Patria! Coriolano cedió á los ruegos de su madre, salvando á la otra madre, la más grande, la más noble y más santa: la Patria, Roma, de la que, en un momento de despecho y de desesperación, había renegado.

Algunos historiadores absuelven á Comonfort invocando la buena fe de sus intenciones; su ex-ministro, el probo patricio Don José María Iglesias, implora la indulgencia de la Historia para el débil gobernante «que rescató su error sacrificando su vida en defensa del territorio nacional,» y el Sr. Lic. Pineda, al hacer estas reminiscencias, no puede menos que exclamar: «pero la verdad es que el golpe de Estado encendió en la República la sangrienta guerra de Reforma y trajo aparejados la invasión francesa y el imperio.»

No, no basta; séamos más francos y más enérgicos. El cariño que profesó el Lic. Iglesias á Comonfort, y su característica bondad, le hacen decir una piadosa exageración. No rescató Comonfort su error sacrificando su vida en defensa del territorio nacional; la grandeza de alma de Juárez fué la que consintió en que Comonfort tuviese oportunidad para que procurase remendar su honra de hombre público, desgarrada por él mismo. No supo aprovechar esa oportunidad en Puebla, como veremos adelante, y murió asesinado, sin haber hecho en realidad nada de provecho positivo, sino tal vez causando graves perjuicios.

Los errores, y sobre todo los errores políticos, no se rescatan ni con el arrepentimiento, ni con las intenciones, ni con hechos negativos, sino con hechos positivos cuya magnitud y consecuencia sean superiores al mal causado; es decir, produciendo un bien de acción que supere al mal de acción. Así podemos decir que Don Manuel Gutiérrez Zamora rescató su error de un momento, cuando, sugestionado por Comonfort, secundó en Veracruz el golpe de Estado, volviendo después sobre sus pasos, en virtud de las gestiones patrióticas de Don Ignacio de la Llave y de la persuasión elocuente de Don José M. de Emparán, siendo desde entonces el más firme apoyo de la Constitución y de la Reforma, uno de los factores principales para el triunfo de nuestra causa.

Así también podemos decir que el general Don Miguel Ne-

grete, á quien sus versatilidades y defecciones políticas le valieron el apodo de «*Voltereta*,» rescató sus errores al unirse incondicionalmente al partido republicano, cuando la intervención francesa, y al ser, con Zaragoza, la figura principal en la épica jornada del 5 de Mayo de 1862, en la que si Zaragoza fué el cerebro, Negrete fué el brazo.

No admito lo de las buenas intenciones de Comonfort. En el manifiesto que publicó en Nueva York, en Julio de 1858, dijo: «La obra del Congreso (Constitución de 1857) salió por fin á luz y se vió que no era lo que el país quería y necesitaba. Aquella Constitución, que debía ser iris de paz y fuente de salud, que debía resolver todas las cuestiones y acabar con todos los disturbios, iba á suscitar una de las mayores tormentas que jamás han afligido á México. . . . Su observación era imposible, su impopularidad un hecho palpable; el gobierno que ligara su suerte con ella, era un gobierno perdido. . . . El Plan de Ayutla, que era la ley de mi gobierno y el título de mi autoridad, no me confería la facultad de rechazar aquel Código; me ordenaba aceptarle y publicarle.»

Si Comonfort hubiese sido un hombre político honrado y hubiese tenido buenas intenciones, no habría aceptado la presidencia, después de promulgada la Constitución. Más aún; debió haberla promulgado, puesto que se creía obligado á ello, renunciando acto continuo su alto cargo, sin *jurar el código* como Presidente interino.

Para que la Historia Patria sea útil y sirva de enseñanza y de saludable ejemplo, no debe dar cabida á conmisericordias. Debe ser inflexible, llamar las cosas por su nombre; poner al virtuoso y grande en su pedestal, para que el pueblo lo mire y lo admire, lo reverencie y procure imitarlo; y al débil, al traidor y al malvado debe colocarlos en la picota, para que el pueblo los excrete y se guarde de seguir su ejemplo.

Lo contrario, es confundir á Cristo con Barrabás.

Comonfort obró con premeditación. Su plan no era un misterio. En la sesión que celebró el Congreso el 16 de Diciembre de 1857, el diputado Don Juan José Baz anunció que esa sería la última.

En efecto, al día siguiente, 17 de Diciembre, dió Comonfort el golpe de Estado, ayudado por Don Manuel Payno, Don

Manuel Siliceo y Don Mariano Navarro.* En la madrugada de ese día se pronunció en Tacubaya el general de brigada Don Félix M. Zuloaga, amigo, compadre y cómplice de Comonfort, desconociendo la Constitución, pero reconociendo á Comonfort como Presidente de la República.

Comonfort ordenó el mismo día que fuesen reducidos á prisión Juárez, Don Isidoro Olvera, Presidente de la Cámara de Diputados, y otros individuos.

Los Ministros Juárez y Ruiz ignoraban las pérfidas combinaciones de Comonfort. Sin embargo, dice Payno que éste no quiso guardar secreto con Juárez, y una mañana lo llamó y tuvo con él la siguiente conversación:

—«Te quería yo comunicar hace días, que estoy decidido á cambiar de política, porque la marcha del Gobierno se hace cada día más difícil, por no decir imposible: los hombres de algún valer se van alejando de palacio, los recursos se agotan, y yo no sé qué va á ser del país si no procuramos todos que las cosas vayan mejor. A la revolución física no le temo, la afrontaré como hasta aquí; pero la revolución moral exige otra clase de medidas, que no son las armas y la fuerza.

—«Alguna cosa sabía yo, le contestó el Sr. Juárez con mucha calma; pero supuesto que nada me habías dicho, yo tampoco quería hablarte una palabra.

—«Pues bien, replicó el Sr. Comonfort; ahora te lo digo todo: es necesario que cambiemos de política, y yo deseara que tú tomaras parte y me acompañaras. . . .

—«De veras, le contestó el Sr. Juárez sin perder la calma y como si se le hablara de la cosa más llana del mundo; de veras, te deseo muy buen éxito y muchas felicidades en el camino que vas á emprender; pero yo no te acompaño en él.

«La conferencia, agrega Payno, terminó sin poder obtener del Sr. Juárez más que estas lacónicas palabras, y sin que hiciese ninguna alusión á mí ni á ninguna otra persona.»

No sé por qué tengo por apócrifa la *anécdota*, al menos

* Don Agustín Rivera dice *Juan N. Navarro* en vez de Don Mariano, y para confirmarlo añade en una nota: «Médico nativo de Morelia, colega mío en el Seminario de la misma ciudad, y hoy Cónsul en los Estados Unidos,» etc. Este es un error del ilustrado historiador lagunense.

en la forma. No es posible que Juárez, tan leal y tan patriota, se hubiese contentado con responder á Comonfort que no le acompañaba en su traición al Pacto Federal, y que *de veras* le deseaba buena suerte en la empresa; y si he citado la anécdota, es solamente á título de curiosidad. Payno *no cita* la fecha en que se celebró la conferencia, é ignoro por dónde supo el Sr. Dr. Rivera que tuvo lugar el día 15 de Diciembre, como lo asienta en sus *Anales de la Reforma*.

El día 19 se desenmascaró por completo Comonfort, expidiendo un manifiesto en el que declaraba que se adhería al Plan de Tacubaya.

Muchos jefes reaccionarios, entre ellos Osollo y Miramón, se unieron á Zuloaga: asustóse Comonfort de su obra y quiso enmendarla; pero Zuloaga hizo un nuevo pronunciamiento el 11 de Enero en la Ciudadela, declarando destituido á Comonfort y encargándose del Poder del Ejecutivo de la Nación, mientras que una Junta de Representantes nombraba Presidente interino.

Al tener noticias Comonfort de ese acto, puso en libertad á Juárez y á los demás presos políticos. Inmediatamente salió Juárez de la Capital para Querétaro y Guanajuato, acompañado de un reducido grupo de verdaderos liberales.

Comonfort recurrió á las armas para combatir á la reacción; fué vencido: sus tropas defecionaron, y después de nueve días de tiroteo, el 21 de Enero, abandonó la Capital. Antes de salir dirigió un oficio á Zuloaga comunicándole su resolución; Zuloaga le contestó dándole licencia para que saliese, á lo que se opuso Miramón, quien cedió ante las razones de Zuloaga y de Osollo.

Comonfort se dirigió á Veracruz, acompañado de una escolta; entró en la ciudad en medio de la mayor indiferencia del pueblo. Se alojó en el Hotel de Diligencias y se embarcó el 7 de Febrero para los Estados Unidos.

Se dice que Don Manuel Gutiérrez Zamora y Don Ignacio de La Llave le instaron para que permaneciese en Veracruz. No sé en qué se funda esa especie, que pongo en duda. Lo que sé es que Comonfort llegó al puerto muy abatido, muy avergonzado, que tuvo pocas visitas, y que desapareció llevándose sus remordimientos y dejando encendida la revolu-

ción más larga, la más sangrienta, la más desesperada y la más fanática de cuantas registra la historia patria.

Me he detenido quizás demasiado en las consideraciones sobre el carácter de Comonfort y de sus actos como Presidente; pero me ha parecido conveniente para hacer más comprensible la situación anómala por la que atravesaba el país, para rectificar errores de apreciación, y para que se mida en toda su grandiosa magnitud la obra redentora de Juárez.

CAPITULO VII

Juárez, Presidente.—Su peregrinación.—Su viaje á Veracruz.

Comonfort nos dejó el caos; pero en medio de ese caos quedó Benito Juárez, en quien encarnaron los sublimes principios de Patria y Libertad.

Juárez hizo un lábaro de la Constitución, y con una fe inquebrantable y un valor heroico, emprendió la lucha en pro de sus principios.

No dijo como Luis XIV:—«¡El Estado soy yo!» pero sí debió exclamar:—«¡Yo soy la legalidad!»

Bajo malos auspicios comenzó aquella lucha titánica para el partido liberal. Los hombres duchos en el arte de la guerra estaban afiliados en el bando contrario; la riqueza del clero era un factor importantísimo en favor de la reacción. El partido liberal era casi exclusivamente un partido civil y pobre de bienes de fortuna.

¡Pero qué importaba! Allí estaba Juárez, en toda la plenitud de su grandeza moral. Las batallas enseñaron al ejército liberal á combatir; las derrotas le enseñarían á triunfar.

Llegó Juárez á Guanajuato el 19 de Enero, y allí instaló su Gobierno, como Presidente interino, siendo reconocido por los Estados que no se habían adherido al Plan de Tacubaya, y por aquellos que, después de haberlo aceptado, lo repudiaron. Constituyó su primer Gabinete, confiando las carteras de Relaciones y de Guerra á Don Melchor Ocampo; la de Gobernación á Don Santos Degollado; la de Justicia á Don Ma-